

## ¿Inútil sublevarse?\*

*Michel Foucault*

“Para que el Sha se vaya estamos dispuestos a morir por miles”, decían los iraníes el verano pasado. Y el Ayatollah, estos días: “Qué sangre Irán para que la revolución sea fuerte”. Extraño eco entre estas frases que parecen encadenarse. El horror de la segunda, ¿condena la embriaguez de la primera?

Las sublevaciones pertenecen a la historia. Pero, de una cierta manera, se le escapan. El movimiento por el cual un hombre solo, un grupo, una minoría o un pueblo entero dice: “No obedezco más” y echa en la cara de un poder que estima injusto el riesgo de su vida –ese momento me parece irreductible. Porque ningún poder es capaz de hacerlo absolutamente imposible: Varsovia tendrá siempre su ghetto rebelde y sus alcantarillas pobladas de insurgentes. Y porque el hombre que se levanta finalmente no tiene explicaciones; es necesario un desgarramiento que interrumpa el hilo de la historia, y sus largas cadenas de razones, para que un hombre pueda, “realmente”, preferir el riesgo de la muerte a la certeza de tener que obedecer. Todas las formas de libertad adquiridas o reclamadas, todos los derechos que se hacen valer, incluso a propósito de cosas aparentemente poco importantes, tienen sin duda aquí un punto último de anclaje, más sólido y más próximo que los “derechos naturales”. Si las sociedades se mantienen y viven, es decir, si los poderes no son “absolutamente absolutos”, es que, detrás de todas las aceptaciones y las coerciones, más allá de las amenazas, de las violencias y de las persuasiones, hay la posibilidad de ese momento en el cual la vida no se canjea más, en el cual los poderes no pueden ya nada y en el cual, ante los cadalsos y las metralletas, los hombres se sublevaran.

Porque está así “fuera de la historia” y en la historia, porque cada uno juega ahí la vida a la muerte, se comprende por qué las sublevaciones han podido encontrar tan fácilmente en las formas religiosas su expresión y su dramaturgia. Promesas del más allá, retorno del tiempo, espera del salvador o del imperio de los últimos días, reino sin particiones del bien, todo eso ha constituido durante siglos, allí donde la forma de la religión se lo prestaba, no una vestidura ideológica sino la manera misma de vivir las sublevaciones.

Llega la era de la “revolución”. Desde hace dos siglos, ésta ha dominado la historia, organizado nuestra percepción del tiempo, polarizado las esperanzas. Ha constituido un gigantesco esfuerzo para aclimatar la sublevación en el interior de una historia racional y domesticable: le ha dado una legitimidad, ha hecho la selección de sus buenas y de sus malas formas, ha definido las leyes de su desenvolvimiento; le ha fijado condiciones previas, objetivos y maneras de consumarse. Incluso se ha definido la profesión de revolucionario. Repatriando de esta manera la sublevación, se ha pretendido hacerla aparecer en su verdad y llevarla hasta su término real. Maravillosa y temible promesa. Algunos dirán que la sublevación ha sido colonizada por la Real-Politik. Otros, que se le ha abierto la dimensión de una historia racional. Prefiero la cuestión que Horkheimer planteaba en otros tiempos, cuestión ingenua y un poco febril: “Pero, ¿es entonces tan deseable esta revolución”?

Enigma de la sublevación. Para quien buscaba en Irán, no las “razones profundas” del movimiento, sino las maneras en las que ha sido vivido, para quien intentaba comprender lo que pasaba por la cabeza de esos hombres y de esas mujeres cuando arriesgaban su vida, una cosa era chocante. Su hambre, sus humillaciones, su odio al régimen y su voluntad de tirarlo abajo, los inscribían en los confines del cielo y de la tierra, en una historia soñada que era tanto religiosa como política. Se enfrentaban a los Pahlevi<sup>1</sup>, en una partida que era para cada uno cuestión de su vida o de su muerte, pero se trataba también de sacrificios y de promesas milenarias. Si bien las famosas manifestaciones, que han jugado un papel tan importante, podían, a la vez, responder realmente a la amenaza del ejército (hasta paralizarlo), desarrollarse según los ritmos de las ceremonias religiosas y finalmente remitir a una dramaturgia intemporal

---

\* Publicado en el diario *Le Monde* n° 10661, del 11 de mayo de 1979, en las páginas 1 y 2.

<sup>1</sup> Dinastía que gobernó Irán durante la mitad del siglo XX.

donde el poder es siempre maldito. Asombrosa superposición, hacía aparecer en el siglo XX un movimiento tan fuerte como para dar vuelta el régimen aparentemente mejor armado, al mismo tiempo que está próximo a los viejos sueños que Occidente ha conocido en otros tiempos, cuando se quería inscribir las figuras de la espiritualidad en el suelo de la política.

Años de censura y de persecución, una clase política mantenida al margen, partidos proscritos, grupos revolucionarios diezmados; ¿sobre qué sino sobre la religión podía entonces tener apoyo la turbación y después la revuelta de un pueblo traumatizado por el “desarrollo”, la “reforma”, la “urbanización” y todos los otros fracasos del régimen? Es verdad. ¿Pero habría que haber esperado que el elemento religioso se borrara rápido a favor de fuerzas más reales y de ideologías menos “arcaicas”? Sin duda no, y por muchas razones.

Hubo, en principio, el rápido éxito del movimiento, lo confortante en la forma que había tomado. Tenía la solidez institucional de un clero cuyo dominio sobre la población era fuerte, y las ambiciones políticas, vigorosas. Había todo el contexto del movimiento islámico: por las posiciones estratégicas que ocupa, las llaves económicas que detentan los países musulmanes, y su propia fuerza de expansión sobre dos continentes, constituye, alrededor de Irán, una realidad intensa y compleja. De manera que los contenidos imaginarios de la revuelta no se disiparon el gran día de la revolución. Han sido inmediatamente transportados a una escena política que parecía completamente dispuesta a recibirlos, pero que era, de hecho, de una naturaleza muy otra. En esta escena, se mezclan lo más importante y lo más atroz: la formidable esperanza de volver a hacer del Islam una gran civilización viviente y formas de xenofobia virulenta; las posturas mundiales y las rivalidades regionales. Y el problema de los imperialismos. Y la sujeción de las mujeres, etcétera.

El movimiento iraní no ha sufrido esta “ley” de las revoluciones que haría, pareciera, resaltar bajo el entusiasmo ciego la tiranía que lo habitaba ya en secreto. Lo que constituía la parte más interior y la más intensamente vivida de la sublevación afectaba sin mediaciones a un tablero político sobrecargado. Pero ese contacto no es identidad. La espiritualidad a la cual se referían aquellos que iban a morir no tiene medida común con el gobierno sangriento de un clero integrista. Los religiosos iraníes quieren autenticar su régimen con las significaciones que tenía la sublevación. No hacemos otra cosa que lo que hacen ellos al descalificar el hecho de la sublevación porque hay hoy un gobierno de mullahs<sup>2</sup>. En un caso como en el otro, hay “miedo”. Miedo de lo que acaba de pasar el otoño pasado en Irán, y de lo cual el mundo desde hace mucho tiempo no había dado ejemplos.

De ahí, justamente, la necesidad de destacar lo que hay de no reductible en un movimiento tal. Y de profundamente amenazante también para todo despotismo, el de hoy tanto como el de ayer.

No hay, ciertamente, ninguna vergüenza en cambiar de opinión; pero no hay ninguna razón para decir que se cambia cuando hoy se está contra las manos cortadas, después de haber estado ayer contra las torturas de la Savak<sup>3</sup>.

Nadie tiene el derecho de decir: “Rebélese usted por mí, va en ello la liberación final de todo hombre”. Pero no estoy de acuerdo con quien dijese: “Inútil sublevarse, siempre será lo mismo”. No se hace la ley para quien arriesga su vida ante un poder. ¿Se tiene razón o no para rebelarse? Dejemos la cuestión abierta. Uno se subleva, es un hecho, y es por eso que la subjetividad (no la de los grandes hombres sino la de cualquiera) se introduce en la historia y le da su aliento. Un delincuente pone su vida en la balanza con los castigos abusivos; un loco no puede más de tanto estar encerrado y despojado; un pueblo rechaza el régimen que lo oprime. Esto no hace inocente al primero, lo cura al otro, y no asegura al tercero el mañana prometido. Nadie, por otra parte, está obligado a ser solidario. Nadie está obligado a encontrar que esas voces confusas canten mejor que las otras y digan lo más hondo de la verdad. Basta que existan y que tengan en su contra a todo lo que se encarniza en hacerlos callar, para que haya un sentido en escucharlos y en investigar lo que quieren decir. ¿Cuestión de moral? Quizás. Cuestión de realidad, seguramente. Todos los desencantamientos de la historia no tienen nada que ver: es

---

<sup>2</sup> Clérigos chiítas.

<sup>3</sup> Siglas de la policía secreta del Sha.

porque hay tales voces que el tiempo de los hombres no tiene la forma de la evolución sino la de la “historia” justamente.

Esto es inseparable de otro principio: es siempre peligroso el poder que un hombre ejerce sobre otro. No digo que el poder, por naturaleza, es un mal; digo que el poder, por sus mecanismos, es infinito (lo que no quiere decir que es todopoderoso, muy al contrario). Para limitarlo, las reglas no son nunca bastante rigurosas; para desposeerlo de todas las ocasiones donde se ampara, nunca los principios universales son lo suficientemente estrictos. Al poder hay que oponerle siempre leyes infranqueables y derechos sin restricciones.

Los intelectuales, en estos tiempos, no tienen buena “prensa”: creo poder emplear esta palabra en un sentido bastante preciso. No es el momento de decir que no se es intelectual. Haría reír, por otra parte. Intelectual, soy. Si me preguntaran cómo concibo lo que hago, respondería, si el estratega es el hombre que dice: “Qué importa tal muerte, tal grito, tal sublevación en relación a la gran necesidad de conjunto o qué me importa, al contrario, tal principio general en la situación particular en la que estamos”, y bueno, me es indiferente que el estratega sea un político, un historiados, un revolucionario, un partidario del Shah o del Ayatollah; mi moral teórica es inversa: Es “anti-estratégica”: ser respetuoso cuando una singularidad se subleva, intransigente cuando el poder infringe lo universal. Elección simple, labor penosa: porque hay, a la vez, que acechar, un poco por debajo de la historia, lo que la rompe y la agita, y velar un poco por detrás de la política sobre lo que debe incondicionalmente limitarla. Después de todo, es mi trabajo, no soy el primero ni el único en hacerlo. Pero lo he elegido.

Traducción de Felisa Santos.